

Real-Real

R. B. S. Candelas

Real-Real

Ramón Candelas Pérez
Real-Real

No se permite la reproducción, distribución o transmisión total o parcial de este libro sin el previo permiso escrito del autor. Todos los derechos reservados.

Inscrito en el Registro de la Propiedad Intelectual. N° 01/2017/313.

© Ramón Candelas Pérez, 2016


© De esta edición, Ramón Candelas Pérez, 2017

© De la cubierta, Ramón Candelas Pérez, 2017

Segunda edición, junio de 2017. R 1.3

ISBN: 9781546684152

Más información sobre el autor y su obra en:

 www.rbscandelas.es

 @RBS_Candelas

 RBS Candelas

*A Magdalena e Iñaki, que me recibieron
en su familia como a un hijo más.
In memoriam.*

*La Real Sociedad es
algo más que un club,
es el orgullo de un pueblo.*
José Agustín Aranzábal "Gaztelu",
jugador de la Real Sociedad.

*No sé si lo entendéis:
lleváis en vuestras camisetas
el escudo del Real Madrid.*
Santiago Bernabéu,
jugador y presidente del Real Madrid.

*Quería narrar una gesta heroica de fútbol,
inmortalizar la épica de la victoria y la derrota,
la odisea de jugadores y afición;
pero me ha salido un relato banal,
el de seis meses de mi vida.*
Josu Alkiza.
Aficionado.

Prólogo

11 de mayo de 1980
Jornada 33, penúltima del Campeonato Nacional de Liga
Partidos

Sevilla - Real Sociedad (18:00 h)
Las Palmas - Real Madrid (18:00 h)

Clasificación previa

1º Real Sociedad (50 ptos.)
2º Real Madrid (49 ptos.)

* * *

La Real Sociedad de Fútbol, uno de los equipos históricos de la Primera División española, nunca había ganado la ansiada Copa de la Liga. Durante la temporada 79-80, sin embargo, no había perdido uno solo de los treinta y dos partidos disputados, habiendo establecido un récord de imbatibilidad. En la penúltima jornada de competición, la Real Sociedad estaba en cabeza, y equipo y afición soñaban con materializar aquella su gran oportunidad en el campo del Sevilla Fútbol Club.

Con diecinueve títulos en su haber, el Real Madrid Club de Fútbol era el equipo más laureado de España y, estadísticamente hablando, el mejor del mundo. Durante las últimas veintidós jornadas de la temporada venía alternándose en el primer puesto con la Real Sociedad; y aquella tarde, a tan solo un punto de los donostiarras, la presión que les impondría si ganaba a la Unión Deportiva Las Palmas sería difícilmente resistible.

Aquella no era una tarde cualquiera de sofá, transistor y Carrusel Deportivo en el piso que Rafa Peñafiel y yo compartíamos. La tensión se palpaba en el ambiente; la rivalidad entre nosotros, aunque sana, no podía ser más enconada. Y no, ni de lejos podíamos imaginar que la victoria dulce o la derrota amarga serían por igual banales ante el desconcertante, sombrío epílogo que el destino nos tenía reservado.

Pero permítanme que les cuente la historia desde el principio.

Y el principio se sitúa exactamente seis meses antes, en un día memorable para aficionados y jugadores de la Real Sociedad. Y, visto con la perspectiva de los treinta y siete años transcurridos, un día que cambió el rumbo de mi vida para siempre.

Seis meses antes

11 de noviembre de 1979
Jornada 9 del Campeonato Nacional de Liga
Partidos

Real Sociedad 4 - Real Madrid 0

Clasificación

2º Real Sociedad (14 pts.)
 3º Real Madrid (14 pts.)

* * *

... Aurrera, mutilak! Aurrera, Gipuzkoa!
Aurrera, txuri-urdinak!...

Yo silbaba, Patxi y Juanma tarareaban, y Kepa, el más exaltado de todos, berreaba el himno realista a pleno pulmón. Los cuatro atravesábamos felices el Urumea por el puente de María Cristina, en dirección a la Parte Vieja. Tan felices como podían serlo cuatro aficionados blanquiazules tras una tarde gloriosa en el campo de fútbol de Atocha.

—¡Buah, qué somanta le hemos metido al *Madri!* ¡Por fin!

—Y que lo digas. ¡Dios, qué ganas les tenía!...

—¡Sí es que eran veintidós años sin ganarles un partido de Liga en casa! ¡Veintidós!

Gloriosa, sí, porque la Real Sociedad le había endiñado un rotundo cuatro a cero al Real Madrid, su más peligroso rival. Cuatro castañazos de aúpa con los que ambos equipos quedaban empatados a catorce puntos, a solo uno del actual líder del Campeonato Nacional de Liga, el Sporting de Gijón. Y para más inri, los donostiarras habían roto la imbatibilidad de los madrileños, conservando a un tiempo la suya propia; lo cual, sumando los últimos seis partidos de la temporada anterior, los situaba en la respetable cantidad de quince jornadas ligueras consecutivas sin perder.

Nos situaba.

—¡Que se jodan! Vamos a tomar unos potes para celebrarlo.

... *Gazte, gazte, gazte, gazte, gaztedi*
Gaztedi aupa, aupa, mutilak!...

Había caído un suave sirimiri antes del encuentro, pero el día soleado de aquel veranillo de San Martín se había recompuesto justo a tiempo, como a propósito para permitirnos saborear mejor la goleada. Entre silbidos, cánticos y risas atravesamos las animadas calles de la Parte Vieja hasta ganar los soportales de la plaza de la Constitución —la *Consti*, para los donostiarras—, nuestro destino habitual tras los partidos.

Al jubiloso público de Atocha se unían, en eso de corear himnos, agitar banderolas y brindar por la victoria realista, quienes habían seguido el encuentro en sus casas o en los bares, escuchando la retransmisión de Josean Alkorta en Radio Popular. Mezclados con las familias que se habían lanzado a la calle a disfrutar del sol otoñal, con las pandas de jóvenes que mataban el rato en plazoleas y soportales, y con las cuadrillas de veteranos *txikiteros* que, impacientes por comenzar la ronda, se juntaban en sus lugares habituales, podía decirse sin reserva alguna que aquella tarde de domingo el ambiente en San Sebastián era inenarrable. También se veían, aunque no tan contentos, pequeños grupos de madridistas que buscaban resarcirse de la derrota a base de algún que otro exquisito pincho, antes de regresar a sus respectivos autobuses.

En cuanto a nosotros, comenzamos a potear donde siempre: en el Astelena, un clásico de la Parte Vieja donostiarra.

—¡A ver!, ¿qué se toma?

Juanma siempre llevaba el bote. Ninguno de nosotros, ni siquiera él, sabía explicar el origen de tal tradición, pero otra cosa era, a esas alturas de la película, implanteable.

—*Kalimotxo*.

—Caña.

—Zurito.

—¡Déjate de mariconadas, Josu! —Juanma se irguió por encima de la fila de clientes acodados a la barra, casi todos equipados con bufandas blanquiazules—. ¡Pakito, dos *kalimotxos* y dos cañas!

Josu, el presunto amariconado, era yo. Josu Alkiza, para servirles. Y mira que me gusta la cerveza, pero es que me conocía

el percal, y lo trasegado en aquellas tardes gloriosas siempre acababa por superar, por mucho que me propusiera lo contrario, mi moderada resistencia al alcohol. Patxi Ansola y Juanma Oronoz no tenían ese problema, a pesar de que se atizaban los *kalimotxos* como si fueran gaseosas. Supongo que ayudaba el hecho de que me sacasen veinte kilos cada uno. En cuanto a Kepa Idiáquez, de constitución similar a la mía, pero en bajito —yo seré esmirriado, pero mis buenos ciento ochenta centímetros de estatura no me los quita nadie—, el alcohol le originaba un problema adicional: se ponía pesado.

Bueno, decir eso quizá sea pecar de indulgente. En realidad, se ponía pesadísimo: con amigos, con conocidos, con desconocidos... Con todo quisque que se le pusiera a tiro, vamos. Y por supuesto, con las tías. Pues bien, aquella tarde quiso la caprichosa fortuna que en el tercer bar visitado —el Ambrosio, lo recuerdo muy bien, tan infestado de bufandas blanquiazules e ikurriñas como los anteriores—, mientras sujetábamos con pulso cada vez más inestable el tercer vaso de la tarde, entrasen dos parejas con aire desconfiado y bufandas blancas.

¡Blancas!

A Kepa, borracho de orgullo *txuri-urdin* y envalentonado por la cerveza, le faltó tiempo para dirigirse, cual Miura ante trapo rojo, hacia los recién llegados.

—Mira a quién tenemos aquí, je, je —dijo con sorna—... Qué, ¿dando una vueltecita para celebrarlo?

Los madridistas eran dos tipos más bien grandes, corpulentos, con cara de no achantarse con facilidad. Miraron al impertinente intruso con cara de no comprender por qué alguien tan canijo buscaba ganarse una bofetada tan tontamente. Pero las madridistas, con un desparpajo que demostraba veteranía en aquellas lides, se interpusieron entre sus acompañantes y el imbécil de mi amigo.

—Tendríamos más que celebrar si no nos hubierais lesionado a Stielike y a Benito —respondió una de ellas, de pelo corto rizado y hechuras generosas, tirando a macizorra, sin perder la compostura—, y si el árbitro no hubiese expulsado a Del Bosque —remachó.

—¡No te jode! —replicó Kepa, en ostentoso alarde de refinada educación jesuítica—... ¡Con la hostia que le ha metido a Perico Alonso!

—Ha sido involuntaria.

—Ya. ¿Y qué me dices del penalti a Satrústegui que se ha comido el árbitro? ¿También ha sido involuntario?...

Yo, que me había acercado por si Kepa se pasaba de la raya —para agarrarlo del pescuezo y llevármelo a rastras, entiéndanme, no para liarme a tortazos en su ayuda—, no seguí mucho más allá la discusión. Tampoco, si me preguntan, sabría decir más de la madrileña respondona, porque me quedé obnubilado. A pesar de que comenzaba a sentirme algo piripi, o quizá precisamente por ello, desde ese momento solo tuve ojos para su amiga. La chica más guapa que había visto en mi vida.

Las bebidas de mayor o menor graduación —desde la sidra guipuzcoana hasta el pacharán navarro— volaban por encima de la barra en medio de un gran bullicio. Uno de los madrileños, al que tomé por pareja de la chica más guapa que había visto en mi vida —lo acabo de decir, ¿no?—, trató en vano de llamar la atención de los camareros, una vez convencido de que el vasquito canijo no representaba una amenaza para su grupo. Al otro lado de la barra, no obstante, no parecían tener intenciones de dar prioridad a los de bufanda blanca. Normal.

Que conste que Kepa me sorprendía a menudo: lo mismo que acababa de bronca —las más de las veces— con aquellos a quienes daba la brasa, podía liarse a tomar copas con ellos como si fuesen amigos de la infancia. Luego, como en el caso que nos ocupa, diría que había sido cuestión de *feeling*, pero yo sabía cuánto le ponía que una guapetona lo pusiese —valga la redundancia— en su sitio. Así que mi amigo, percatado de los infructuosos esfuerzos del madridista cachas por hacerse atender, pidió con autoridad —es decir, en euskera— una ronda de birras, a partir de lo cual la conversación derivó hacia tonos más amigables. Tópicos, quizá, como lo bonito que les había parecido San Sebastián a los madrileños en aquella su primera visita, lo chungo que estaba en la capital el tema de la contaminación —arma secreta, según Kepa, que hacía palmar en el Bernabéu a los equipos visitantes—, y si equipos modestos como el Sporting —siete jornadas seguidas en cabeza de la tabla— o la Real Sociedad —único equipo imbatido a aquellas alturas— tendrían alineación y aguante suficientes como para poner en jaque la hegemonía del Real Madrid, ganador de nada menos que cinco títulos ligeros en la década que terminaba.

En tales fruslerías estuvimos hasta que, tras un par de frases oportunas, u oportunistas, logré pegar la hebra con la chica más guapa que... —y dale..., lo siento—. Reconozco que lo tuve a huevo, porque, si yo acababa de comenzar la carrera de Derecho en San Sebastián, Paloma, que así se llamaba ella, había hecho lo propio en Derecho y Ciencias Empresariales. En ICADE, por más señas. Yo había visto mucha complicidad entre Paloma y su presunta pareja, pero ningún roce que indicase una relación bien definida, y mucho menos contractual. Aquello me animó hasta el punto de que llegó a pasar por mi mente la absurda idea de pedirle su número de teléfono. «Por si vamos al partido de vuelta en febrero —podría haberle dicho—. ¿Qué tal si quedamos a tomar unas cañas y paga el que pierda?». U otra chorrada por el estilo. Naturalmente, me sabía incapaz de hacerlo, pero les juro que la sola idea me hacía hervir la sangre cada vez que ella lanzaba al aire, para quien quisiera cogerla al vuelo, una sonrisa de su boca ancha de dentadura perfecta. Y de sus ojos grandes y vivaces, color... ¿Cómo describirlo? Color café, denso y oscuro, es lo primero que me viene en mente. Ojos grandes y vivaces, decía, que, enmarcados por unas pestañas largas, igual de densas y oscuras, también sonreían. O así me lo imaginé yo entonces, aunque pueda sonar cursi.

Para mi frustración, muestra conversación sobre lo aburrido del Romano y lo apasionante del Político no duró mucho más de diez minutos. Una algarabía en la plaza levantó gestos de curiosidad entre los presentes y rompió el hilo de las conversaciones.

«¿Qué ocurre?», «¿Qué pasa?», preguntaron los de más al fondo.

«Parece que hay bronca —respondieron los que estaban cerca de la entrada—. Unos del Real Madrid».

Salimos en tropel. Los madrileños, preocupados por si algún conocido se había metido en líos; Kepa, muy puesto en su papel de anfitrión de unos merengues que no eran todo lo fachas que se les suponía; y yo, fastidiado porque se había interrumpido, acaso de forma definitiva, el embrujo de mi momento con Paloma. En cuanto a Juanma y Patxi, no habían visto con buenos ojos nuestro acercamiento al enemigo, máximo exponente futbolístico, para más inri, del centralismo opresor, por lo que se habían desentendido de

nosotros desde el principio.

Fuera, más allá de los soportales, media docena de seguidores madridistas eran increpados por un nutrido grupo de *txuri-urdinak* pertrechados con más *ikurriñas* que banderas blanquiazules. Por lo visto, alguno no había sido capaz de respetar las formas. Lo habitual entre aficionados al balompié, aunque aquello tenía más pinta de trifulca política que de pasión futbolera.

—¿Los conocéis? —pregunté a Paloma.

—No —respondió—, pero creo que venían en nuestro autobús.

—Jobar, pues me parece que se han metido en un aprieto.

En efecto, a los gritos cruzados de «fachas», «etarras», «hijoputas», «terroristas» y demás lindezas vinieron a sumarse empujones y amenazas directas. Los madridistas, algunos de ellos con la cabeza rapada, estaban completamente rodeados por *abertzales* de no mucha mejor catadura. Ni por unos ni por otros hubiese yo dado un duro, pero nuestros recién conocidos no debían sentir lo mismo. Fue Lola, la amiga de Paloma, quien primero trató de penetrar entre las filas radicales para interceder. Y la primera en llevarse un desconsiderado empujón que casi la derriba. Pablo, su novio, y Luisma, el presunto de Paloma, se fueron sin miramientos a por el agresor. Paloma se abrazó a Lola, mientras Kepa se lanzaba de cabeza al mogollón y yo lo seguía para tratar de impedir que la sangre llegase al río.

Los cabezas rapadas, habiendo reconocido en Pablo y Luisma unos valiosos e inesperados refuerzos, pugnaron por abrirse paso hacia nosotros. El círculo *abertzale* nos engulló. Los empujones degeneraron en los primeros puñetazos. El asta de una *ikurriña* se estrelló contra un cráneo afeitado. Otro *skinhead* la agarró al vuelo y aprovechó el desconcierto de su propietario para asestarle un puntapié en el estómago. Pablo logró su propósito de atizar un sonoro guantazo al ofensor de su novia. Los colegas del vasco bramaron. Luisma impidió que un *txuri-urdin* golpease a su amigo, pero él mismo se llevó una patada de refilón. Kepa se encaró al agresor, increpándole en euskera para su desconcierto.

Aquello no podía sino empeorar, concluí. Y terminar mal incluso para nosotros; o, sobre todo, para nosotros. A menos que...

«¡Los grises!», «¡Que vienen los grises!».

«¡Los maderos!», «¡Los maderos!».

La confusión se adueñó de la Consti en un abrir y cerrar de ojos. La temida Policía Armada de la época franquista había cambiado recientemente de nombre y de color —convertida en Cuerpo de Policía Nacional, las odiadas guerreras y gorras de plato grises habían sido sustituidas por modernas cazadoras y boinas marrones—, pero todo el mundo sabía que las porras calentaban igual. En el centro de la plaza, los alborotadores eran —éramos— blanco fácil para los antidisturbios, así que cada cual buscó el cobijo de soportales, callejas y bares aledaños. En medio del tumulto, lo vi claro: cogí a Paloma de la mano y la arrastré hacia el bar más cercano, el Tximista. A pesar de lo inapropiado de las circunstancias, la tibieza de su piel me resultó placentera. Sentí que me convertía en un ser superior. En una especie de superhéroe.

—¡Lola...! ¡No veo a Lola!... —fue su primera preocupación, una vez refugiados tras la puerta acristalada.

—Tranquila, yo la busco —dije, seguro de mí mismo—. Tú no te muevas de aquí; dentro del bar estás segura.

Me dedicó una sonrisa agradecida, desvalida. Si hubiese sabido que ya no vería más aquella sonrisa, la más bonita que había visto en mi vida, quizá hubiese actuado de otra forma; pero, envalentonado un punto en exceso, de lo único que fui consciente es de que aquella era mi oportunidad de erigirme en paladín de la chica más guapa... Bueno, pues eso, que me lancé a la desesperada en busca de Lola y los demás.

Los maderos habían hecho su entrada por el arco de acceso desde la calle San Jerónimo. Corrí en dirección opuesta, hacia donde lo hacía la mayor parte de la gente. Seguro de que Kepa y los madrileños no andarían lejos, alcancé la esquina de la calle Narrica y doblé en dirección al Boulevard, siguiendo la ruta de escape natural del entramado de callejas que forman la Parte Vieja. Y ¡zas!, me di de bruces con un enorme escudo antidisturbios. La policía, en una bien orquestada maniobra, debía de haber hecho el mismo cálculo que yo. Atontado de mí. El tipo enorme como un armario que sujetaba el escudo blandía asimismo una porra de descomunal tamaño. Negra como el ébano, reluciente como el ébano, dura como el ébano. Imagínense. Yo, con el golpazo que me había dado, me quedé aturdido y con las manos en la nariz, sumido en un dolor horroroso. Y el tipo, pues no sé, podía haber dicho: «Disculpe usted, ¿se ha hecho daño?», o algo por el estilo, ¿no?

Pues no.

Al muy cerdo le debió de sentar mal que le manchase de sangre el escudo —la ventanita de plástico transparente, en concreto—, y me propinó un porrazo en la espalda, a traición, justo cuando me había convencido a mí mismo de que no iba a disculparse y me daba la vuelta para tomar las de Villadiego. Si aquello me hizo dar un alarido, el segundo porrazo me sumió en una nebulosa que, de forma explosiva, se extendió desde un punto indeterminado tras la oreja derecha hasta abarcarlo todo.

Pero todo, todo.

* * *

Desperté en mi dormitorio con un despiadado dolor de cabeza concentrado entre la sien y el occipucio, como si me hubiesen clavado un hierro candente. Un dolor que se extendía por espalda y cara, haciendo que el mero hecho de respirar me resultase molesto. Para mi consuelo, mi madre, sentada en el borde de la cama con expresión preocupada, me aplicaba una compresa fría en las susodichas partes. Para mi desasosiego, mi padre me miraba con soberano disgusto desde los pies de la cama. Supe, en base a vivencias anteriores, que tal mirada traería consecuencias indeseadas, así que, para no pensar en ello, traté de recordar cómo había llegado a tan lastimoso estado. Que no podía ser el resultado de una cogorza sin más, pues eso ya lo había experimentado un par de veces antes —o tres; o cuatro, para qué engañarles. Con amigos como los míos...—, y mi madre no había tenido que aplicarme compresas ni mi padre había ido más allá de lanzarme reproches en los que yo adivinaba una disimulada complicidad. Esto era más gordo, sin duda. La clave me la dio ella, mientras empapaba la toallita en una jofaina.

—Hijo, ¿estás bien? Hay que ver cómo te han puesto. Pero ¿a quién se le ocurre meterse en esos líos con la policía?... Si no llega a ser por Juanma y Patxi, que te han traído a casa medio inconsciente...

Juanma y Patxi. La mención a mis amigos me dio pie para comenzar a recordar: la nariz rota contra el plexiglás del escudo, el porrazo en la espalda, el porrazo en la cabeza... Desde la nebulosa había sentido cómo el madero me agarraba por el cuello de la

cazadora, con la perversa intención de llevarme a rastras hasta una lechera. De las muchas humillaciones que cabría suponer aparejadas a pasar una noche en comisaría, solo cruzó por mi mente una de ellas: la de imaginar a mi padre viniendo a sacarme con cara de circunstancias. Para don Jacinto Alkiza, magistrado de la Audiencia Provincial de Guipúzcoa, que un hijo suyo fuese detenido, interrogado y fichado a causa de un alboroto callejero habría supuesto un trauma de imprevisibles consecuencias para la cómoda, pacífica armonía de nuestro burgués hogar.

Pero tal drama no había ocurrido. Una tremenda sacudida hizo perder el equilibrio al policía, que aflojó su presa lo justo como para que yo me sintiese arrebatado de sus garras. Comprendí que el bueno de Patxi se había lanzado cual autobús desbocado contra el agente, y recordé haber sido transportado en volandas por Juanma en dirección contraria. Así que mis amigos curtidos en mil y una manifestaciones, los más extremistas de la cuadrilla, los que se metían en todos los fregados contra los grises, habían salvado mi vida. O, por lo menos, la dignidad de don Jacinto.

—... Por lo visto —continuaba mi madre—, tus amigos te han sacado de un buen atolladero...

—¡Sus amigos! —exclamó mi padre con un deje despectivo en la voz—. Sus amigos son los culpables de que tu hijo se vea en estas condiciones, Maritxu. Son de los que se dedican a alterar el orden, a atizar la violencia en la calle. De los que se enfrentan a la Policía. Acabarán pegando tiros con los etarras, te lo digo yo. Y tú, Josu, si sigues con ellos, acabarás igual. Esto no puede continuar así.

Por si no lo he mencionado antes, Juanma y Patxi eran nacionalistas radicales. Habíamos ido juntos a los Jesuitas, donde la muerte de Franco nos cogió hechos unos pipiolos de apenas catorce años. A esa edad tan vulnerable y en aquella época convulsa, en gran parte de los jóvenes caló el sentimiento independentista; la romántica idea de que, una vez liberados del régimen opresor, nada había que atase a los vascos al resto de los españoles. Al fin y al cabo, éramos la combinación perfecta de pueblo ancestral con cultura propia y país moderno con economía próspera y auto-suficiente. Muchos pensaron que merecía la pena luchar por ello; algunos, que matar. Y los demás, los que nunca vimos claro tan simplista mensaje, tuvimos que convertirnos en adultos metidos en

el epicentro de un tsunami de terror.

Bueno, pues eso, que mi padre no tragaba a mis amigos radicales. En realidad, don Jacinto Alkiza no tragaba a nadie que tuviese el más mínimo ramalazo *abertzale*. Háganse cargo: ETA causaba estragos en aquella su época más violenta hasta la fecha, lo cual no podía generar en un magistrado de la Audiencia la menor simpatía hacia el mundillo que le hacía la ola. Y si a eso se añadía que no era la primera vez que los líos de Juanma y Patxi me salpicaban...

Pero esta vez mi padre era injusto con ellos. Al fin y al cabo, a mí me habían salvado del calabozo y a él de la humillación. Me disponía a emitir una débil protesta cuando mi madre zanjó el asunto.

—No es el momento, Jacinto —dijo—. ¿No ves que está hecho un eccehomo? Lo que necesita ahora Josu es descanso, no sermones.

Bajo su mirada admonitoria, mi padre se limitó a emitir un bufido. Me alivió saber que la sangre no llegaría al río. No por el momento, al menos. Resignado, quizá también ablandado por los atenuantes, don Jacinto Alkiza se acercó a la cabecera de la cama y me revolvió el pelo cariñosamente por el lado indemne.

—Ya hablaremos tú y yo —sentenció.

18 de noviembre de 1979
Jornada 10 del Campeonato Nacional de Liga
Partidos

Salamanca 0 - Real Sociedad 1
 Real Madrid 5 - Hércules 0

Clasificación

1º Real Sociedad (16 pts.)
 2º Real Madrid (16 pts.)

* * *

El domingo siguiente también fue, en cierto modo, memorable. Al fin la Real Sociedad se convertía en líder. Empatada a puntos con el Real Madrid, cierto, pero líder por diferencia de goles. La victoria en el estadio Helmántico por la mínima, con un golazo de López Ufarte, junto con el pinchazo del Sporting ante el Betis, que lo relegaba a la tercera posición, posibilitaban la conquista del ansiado puesto. En cuanto al Madrid, se desquitaba de su derrota en Atocha con un contundente cinco a cero a los alicantinos. Una manita con que los de Boskov metían presión a los de Ormaechea. Estaba claro que la lucha iba a ser sin cuartel.

Puede que a estas alturas ustedes piensen que soy un apasionado del fútbol. Pues se equivocan. A mí el fútbol nunca me ha gustado per se. Siempre lo jugué bastante mal, por ejemplo. Siempre corrí tras el balón en el patio del colegio, recreo tras recreo, o en los partidos playeros en la Concha, domingo tras domingo, y él nunca vino a mí. Invariablemente había un compañero o un contrario en el lugar adonde se dirigía la maldita pelota. Habilidad, rapidez, suerte... Supongo que todo al mismo tiempo. O sea, que lo de marcar goles no era lo mío. Lo de pararlos, menos, pues yo tenía una ligera tendencia a saltar hacia el lado contrario; o, si acertaba con la dirección del esférico, a protegerme la cara con las manos antes que a atraparlo. Corría mucho, eso sí, por lo que sudaba como el que más. Y como defensa lograba, de

vez en cuando, interceptar un ataque; sobre todo si el contrario no era muy hábil con el regate. En fin, qué les voy a contar; seguro que a muchos de ustedes les suena la película. El caso es que me faltó tiempo, al superar la edad escolar, para abandonar la práctica de correr tras una pelota y dedicarme a esa otra mucho más íntima, mucho más gratificante, mucho menos peligrosa, que es correr a secas. Práctica que, si por aquel entonces hacía girar la cabeza a quien te cruzases por la calle, más tarde se convertiría en fenómeno popular: el *footing*.

Y en cuanto al fútbol como espectador, en aquella época apenas daban partidos por la tele. Los de la selección española, de la que muchos paisanos míos renegaban en aquella época, a pesar de que Kubala solía convocar a varios jugadores blanquiazules, y algún que otro encuentro de Liga o de Copa, de entre los de gran rivalidad. Nada que ver con la locura diaria de estos tiempos. Pero sí he de decir que no me perdía un solo partido en Atocha de la Real Sociedad de Fútbol. Porque si de algo era —soy— apasionado, es de la Real. De *mi* Real.

Naturalmente, no puedo pedir a quien no sea donostiarra, o guipuzcoano, que lo entienda. Los colores blanco y azul se llevan en el corazón desde la infancia, como se llevan los chapuzones en el espigón del puerto, la tamborrada pasada por agua el día del Santo o los fuegos artificiales de Semana Grande, cucurucho de helado en mano. Tanto como todo eso, o más, te marca que a los diez años te regalen una camiseta con el número de Gaztelu estampado al dorso. Y no hay día más señalado —ni cuando tu padre trae a casa la primera televisión en color, ni cuando te regalan tu primera bicicleta de verdad, ni cuando haces tu primera comunión— que aquel en que acudes por primera vez, de la mano de tu padre —de tu tío Juan, en mi caso, pues a mi padre siempre le ha resbalado el fútbol— a esa meca del arte balompédico hasta entonces reservada a los adultos: el campo de Atocha.

La perfecta simbiosis entre una ciudad y su equipo de fútbol. El orgullo de un pueblo. Eso es la Real.

Eso dicen todos, pensarán ustedes: los del Recreativo y los del Sporting, los del Málaga y los del Burgos, los del Zaragoza y los del Valencia. Hasta los del Athletic dicen eso. O sobre todo, los del Athletic. Bien, sea. En cualquier caso, les aseguro que a mí ese orgullo me había calado hasta convertirme en ferviente seguidor, en

hincha, en forofo. Tanto, que me había documentado, había estudiado el tema, y era capaz de remontarme en alineaciones, resultados, anécdotas y datos diversos sobre mi equipo hasta épocas remotas; hasta 1967 al menos, año en que ascendió a Primera División sin que yo, con mis candorosos seis añitos, me enterase de nada. Y por todo ello, a pesar de ser un patoso con la pelota, amigos y conocidos me respetaban y acudían a mí como fuente de sabiduría *txuri-urdin*. Lo que acrecentaba todavía más mi orgullo y mi pasión.

Volviendo al dieciocho de noviembre —se me ha ido la cabeza, disculpen—, aquel fue un domingo anodino. De esos, uno de cada dos, en que el aficionado se ve obligado a tirar de transistor. A menos, claro está, que se pueda permitir viajar con su equipo. Pero para viajes estaba yo, todavía maltrecho por los sucesos del domingo anterior. Sin contar con que no estaba en casa el horno para bollos. Mi padre no había vuelto a mencionar el incidente durante el resto de la semana, pero a mí no me engañaba. Yo sabía que habría consecuencias, y el hecho de que estas se demorasen me tenía en vilo.

¿Qué diablos tramaba don Jacinto Alkiza?

* * *

—Te vas a Madrid.

El lunes siguiente mi padre me llamó a su despacho, donde se recluía por las tardes para redactar eruditos volúmenes de Derecho Administrativo. Como siempre que trabajaba, aspiraba densas bocanadas de una de sus pipas, que luego dejaba salir indolentemente por la nariz. Entre la bruma de humo azulado reconocí, no sin orgullo, la *Paterson* que yo mismo le había regalado el verano anterior, al regreso de un curso de inglés en Dublín. En cuanto a mí, apenas llegado de las clases vespertinas en la Facultad, entré con el bocadillo de salchichón de la merienda en una mano y un platito en la otra, por aquello de las migas. Al principio no capté el significado de sus palabras.

—¿A Madrid? —me sorprendí—... ¿Cuándo? Si tengo un examen la semana que viene...

—No me has entendido, Josu: te vas a Madrid para quedarte

allí. Vas a estudiar Derecho en la Universidad Pontificia Comillas. La semana que viene te incorporas a las clases; a ver si mientras tanto te recuperas de todos tus males. Se acabó lo de meterte en líos con tus amigos, hijo. En Madrid te centrarás en tus estudios; cosa que aquí, entre el fútbol y las manifestaciones, no eres capaz de hacer.

Yo sabía que no se trataba de eso. Mi padre era perfectamente consciente de que en San Sebastián acudía a clase con regularidad y estudiaba como el que más. Y lo del fútbol era una tontería. Para qué, si no, estaba la tarde del domingo. Lo que mi padre pretendía era apartarme del clima de violencia que se había entablado, casi como norma, en nuestra ciudad. Y alejarme de la influencia de los independentistas, mis amigos entre ellos, para evitar que me contaminasen con sus ideas radicales.

Si la reacción de mi padre les parece exagerada, como a mí me lo pareció entonces, les diré que con el tiempo llegué a comprenderla. Tengan en cuenta que aquella era una época especialmente convulsa, no solo porque el terrorismo de ETA y otros grupos armados estremecía el país con inusitada virulencia —1979 superaba con mucho todos los registros anteriores en cuanto a asesinatos—, sino porque una fuerte crisis económica provocaba profundas heridas sociales, lo que, a su vez, abonaba la crisis política. ¿A que esto último suena a actualidad?

Por aquel entonces el crecimiento económico se había estancado en medio de un escenario de subida generalizada de precios. Los expedientes de crisis se multiplicaban —novecientos en lo que iba de año, solo en Guipúzcoa—, y miles de trabajadores perdían cada mes su empleo en medio de una gran conflictividad laboral. Lío en el que, por supuesto, metían baza los sindicatos con llamamientos, manifestaciones y huelgas, especialmente motivados porque en Madrid se negociaba el Estatuto de los Trabajadores.

Para atizar más el fuego, el secuestro por parte de ETA de Javier Rupérez, diputado de Unión de Centro Democrático en el Congreso, el mismo domingo del Real-Real, levantó una oleada de indignación en casi todo el espectro político; espectro que, ya de por sí, andaba muy revuelto, con fuertes tensiones entre el partido de Adolfo Suárez y el provisional Consejo General Vasco, así como entre los miembros de este último —PNV, EE, PSE y UCD—, a consecuencia de las negociaciones en curso para la ratificación por

el Congreso del Estatuto de Autonomía del País Vasco, la cual debía dar paso a unas elecciones autonómicas de las que surgiría el primer Gobierno Vasco de la era posfranquista.

Y en el plano internacional, la inestabilidad provocada por la Revolución iraní, con toma de rehenes en la embajada norteamericana el pasado cuatro de noviembre, llenaba de sombras el panorama energético con la amenaza de una guerra Irán-EEUU, que no podía sino disparar aún más el precio del crudo. Baste decir que en España teníamos la gasolina más cara de Europa, y que nuestro Ministerio de Industria, según la prensa del día anterior, preparaba bonos para racionar el combustible a la población.

Tales antecedentes, ya ven ustedes, fueron los que llevaron a mi padre a pronunciar aquel solemne «Te vas a Madrid». Intenté una resistencia simbólica, lo justo como para salvar la dignidad.

—*Aita*, por favor... Ya soy mayor de edad.

—Por poco.

—Por poco, sí; pero lo suficiente como para saber qué es lo que te preocupa en realidad.

—Estupendo. Entonces no te lo tengo que explicar. Te incorporarás a las clases a finales de mes; y así, en enero, para cuando regreses de las vacaciones de Navidad, estarás totalmente integrado.

Claro, qué fácil todo. ¿Y mis compañeros de la Facultad?, ¿y mis amigos de San Sebastián?, ¿y los partidos del domingo en Atocha?... Además, ¿qué era eso de la Universidad Pontificia? A mí Comillas me sonaba más cerca de Santander que de Madrid. ¿Y si era una universidad del Opus, como la de Navarra? ¿No pretendería mi padre...?

—Pero *aita*, ¿cómo voy a matricularme en la... Pontificia esa, a estas alturas del curso?

—Está todo arreglado: irás de oyente y podrás presentarte por libre a los exámenes de junio. Además...

Paloma. De repente tuve una súbita inspiración; una asociación de ideas. Dejé de atender a lo que decía mi padre. Paloma estudiaba Derecho y Empresariales en Madrid. Mi padre me enviaba a estudiar Derecho a Madrid. Paloma, además de estar requetebuena, se había mostrado simpática y amigable. Imbécil de mí, ¿por qué no le había pedido su número de teléfono?

Pero ella había dicho que estudiaba en ICADE, eso lo recor-

daba yo bien. Y puestos a estudiar en Madrid...

—Oye, *aita*, y puestos a estudiar en Madrid, ¿no podía ser en ICADE? Es que... verás, tengo conocidos allí, y así... Bueno, ya me entiendes, me resultaría más fácil lo de la integración. Ejem.

—Pero mira que eres bruto, hijo —dijo mi padre con tono resignado—. ¿Acaso sabes lo que quiere decir ICADE?

Ahí me había pillado.

—Pues...

—Instituto Católico de Administración y Dirección de Empresas —me iluminó, paciente—. Comprende la Facultad de Derecho y la de Económicas y Empresariales de la Universidad Pontificia Comillas.

—Ah, vaya...

Tuve que reprimir la excitación. No me lo podía creer: iba a estudiar con Paloma. Cerca de ella, al menos; y hasta puede que fuésemos compañeros de clase. Mi imaginación comenzó a desbordarse: ella alucinaría al verme allí. Me presentaría a sus compañeros como su salvador durante una algarada callejera en la peligrosa San Sebastián. Yo explicaría cómo, al ir en busca de su amiga Lola, había sido brutalmente agredido por la policía, y cómo me había defendido a brazo partido con la ayuda de unos amigos, como veteranos que éramos en eso de enfrentarnos a los grises. Paloma se ofrecería para ponerme al día en las asignaturas, me invitaría a fiestas con sus amigos, me sacaría de paseo, me enseñaría Madrid..., y yo me miraría todo el rato en el cristalino reflejo de sus pupilas. ¿De qué color eran, por cierto, sus ojos? Los recordaba amarronados, más oscuros que claros, pero la imagen se me había desdibujado. Y solo habían pasado ocho días. Maldita memoria...

—¡Josu! ¿Me estás escuchando?

—Eeem..., sí, claro; te escucho.

—Decía que te alojarás en el Colegio Mayor José Antonio, en Moncloa. Eso también está arreglado. Queda cerca de la calle Alberto Aguilera, donde está el ICADE.

—¿José Antonio? ¿Eso no suena un poco...? Bueno, un poco rancio; a Falange, fascismo y todo eso.

Mi padre quitó importancia al asunto con un leve encogimiento de hombros y una displicente bocanada de humo azulado.

—El José Antonio perteneció al Sindicato Español Univer-

sitario durante el franquismo, en efecto; pero eso es agua pasada. Hoy en día los colegios mayores del Movimiento forman parte del Ministerio de Cultura, así que no tienes por qué preocuparte. No te harán cantar el *Cara al sol* antes de desayunar, je...

25 de noviembre de 1979
Jornada 11 del Campeonato Nacional de Liga

Partidos

Español 1 - Real Sociedad 2
 Sporting Gijón 1 - Real Madrid 1

Clasificación

1º Real Sociedad (18 ptos.)
 2º Real Madrid (17 ptos.)

* * *

Dos domingos seguidos jugando fuera, por esos extraños caprichos del calendario liguero, impidieron que volviese a ver a la Real antes de partir para Madrid. El sábado Patxi, Kepa, Juanma y algún amigo más vinieron a casa en plan despedida. Trajeron *Coca-Cola*, cerveza, patatas fritas y un puñado de elepés, y pasamos la tarde junto al tocadiscos del salón, aprovechando que mis padres tuvieron el detalle de irse al cine. Dimos un repaso a todo, desde Dylan hasta Clapton y desde *Police* hasta *Deep Purple*. Ellos hicieron muchas risas a costa de los porrazos del madero, del atribulado rescate y del fulminante destierro con que don Jacinto había zanjado el asunto; y yo, todavía dolorido y con la nariz amoratada, tuve que aguantar el chaparrón, con el íntimo, secreto consuelo que me proporcionaba el recuerdo de lo único que se me había perdido en la capital del Reino.

La tarde del domingo la pasé metido en un tren, aferrado a mi transistor. Así, en solitario, sin nadie con quien celebrarlo, me cupo la inmensa alegría de escuchar cómo mi equipo se afianzaba en solitario en el liderato, tras un nuevo pinchazo de los merengues. La Real jugaba, marcaba y, lo que era más importante, convencía. Todo el mundo elogiaba su letal juego de contraataque: rápido, preciso, eficaz; y la imbatibilidad se ampliaba ya a diecisiete partidos ligueros consecutivos. Y yo me veía desterrado a Madrid en plena euforia *txuri-urdin*, mientras mis amigos, hay que jorobarse, se quedaban a seguir disfrutando del espectáculo y de los

triumfos que, no cabía duda alguna, estaban por venir.

Llegué al Colegio Mayor José Antonio hacia las nueve de la tarde renegando de mí mismo: había sido muy tacaño, pensando en ahorrarme el dinero de un taxi hasta Moncloa; y muy optimista, diciéndome que el trayecto en metro desde la estación de Chamartín sería pan comido. Craso error, pues al inacabable deambular por pasillos, escaleras y andenes, transbordo en plaza de España incluido, tuve que añadir el medio kilómetro largo que mediaba desde la boca del metro hasta la puerta del colegio. Y todo ello, arrastrando un maletón de los de entonces —una época en la que parecía no haberse inventado la rueda— y un cuerpo resentido. Ahora que lo pienso, debí de alegrarme entonces: había llevado a cabo con rotundo éxito mi primera cagada en la capital.

La segunda no tardó ni medio minuto en llegar: me bastó con traspasar el atrio de entrada al José Antonio, una columnata neoclásica de esas tan al gusto del extinto régimen. Dos individuos charlaban en el hall, a mitad de camino entre la puerta y la conserjería. Supongo que a mi padre se le habría atragantado el humo al contemplar cómo iban ataviados: pantalón azul oscuro con cinturón negro de hebilla bruñida, camisa azul mahón bien arremangada —en pleno noviembre—, y boina roja. En seguida los asocié a ciertas imágenes entrevistas en televisión la semana anterior, con motivo de una manifestación celebrada en la plaza de Oriente por el cuarto aniversario de la muerte de Franco. Las camisas lucían unos emblemas bordados sobre el bolsillo izquierdo —cinco flechas en haz atravesadas por una especie de yugo— que mi mirada se demoró un segundo en tratar de identificar. Un segundo de más. El más bajito de los falangistas —o lo que quiera que fuesen—, un fulano regordete, de piel aceitunada y cara de malas pulgas, me miró con desdén.

—Y tú, ¿qué coño miras? —me espetó—. ¿Eres nuevo o qué?

Mamarracho. Me dieron ganas de meterle la boina por el culo, con perdón. Claro, que su amigo, un tipo rubio de ojos azules, tan alto como yo, pero mucho más ancho, probablemente no hubiera estado de acuerdo. Eso me refrenó. Ignoré el comentario y proseguí mi camino hacia la conserjería.

Pero el tipo me siguió.

—Claro que eres nuevo —se regodeó—... ¡Coño, un puto novato! —exclamó en voz alta.

Sentí que las miradas de algunos estudiantes que andaban cerca se clavaban en mi persona, una propaganda que ni quería ni necesitaba.

—¡Eh, novato, quieto ahí! —insistió el fulano para mi fastidio.

Naturalmente, no hice ademán de parar, pero, lastrado como iba por el maletón, no pude evitar que él me cerrase el paso.

—A ver, ¿de dónde vienes tú? —preguntó con superioridad.

«De echarle un polvo a tu madre», podría haberle respondido; pero tampoco era cuestión de comenzar a hacer enemigos desde mi primera entrada en el colegio, así que preferí temporizar. Igual no era un mal tipo, solo un poco gilipollas.

—De Donostia —respondí de mala gana—. ¿Y tú?

Mejor hubiera dicho lo de su madre. El falangista, lejos de responder, se quedó un instante callado. Procesando lo de «Donostia», supongo. Luego se puso rojo como su boina.

—¡Querrás decir de San Sebastián! —exclamó desabrido, como si le hubiese ofendido—. ¡No me jodas!... ¿No serás amigo de esos putos etarras de los cojones?

Reconozco que en aquel momento no me hubiese importado. Esta vez no me refrené en absoluto: me acerqué a él y le hablé en voz baja, como si al resto del personal —que, por cierto, nos miraba entre divertido y expectante— no le importasen mis amistades.

—¿Y qué pasa si lo soy?, ¿te vas a cagar en los pantalones?

El rojo boina adquirió un ligero tinte violáceo. El personaje me miró con una sonrisita malévol, regodeándose, sin duda, con lo que quiera que su calenturienta imaginación le permitiese imaginar. Como diciéndose: «Ahora sí que la has cagado, novato».

—La has cagado, novato —dijo, leyéndome, al parecer, el pensamiento—. ¡Al suelo! Ahora mismo me vas a hacer cincuenta flexiones... ¡A la orden de ya!

Aquel tipo se creía en el ejército, por lo visto. No había más que ver la parafernalia que gastaba. Pero de ahí a que yo le siguiese el juego... Lo miré como se mira a un borracho que ha perdido los papeles.

—¿Estás borracho o qué? —repliqué.

Algunos de los presentes ya no pudieron disimular una sonrisa abierta. Aquello debió colmar la paciencia de mi futuro — presente, en realidad— compañero de colegio mayor, que se lanzó a

insultarme sin el menor comedimiento. Molesto, al parecer, porque yo ignoraba su autoridad.

—¡Me voy a cagar en tu puta madre, novato de mierda!... ¡Te voy a joder bien jodido! ¡Ahora mismo coges esa maleta de mierda y te vas por donde has venido, capullo, etarra de los cojones...!

Siguió toda una retahíla de obscenidades que parecía no tener fin. Definitivamente, al tipo se la había ido la bola; y yo, francamente, con la paliza que llevaba encima no estaba para gilipollices. Así que decidí pasar por alto los exabruptos, incluida la irrespetuosa mención a doña Maritxu, en aras de la convivencia colegial. Hice ademán de dirigirme al mostrador, no sin antes soltarle en voz baja un discreto «Que te den por el culo, imbécil».

Pero el fulano, lejos de apaciguarse, se lio a puntapiés con mi maleta, sin dejar de repetir que ya me estaba largando. Yo soy ligeramente esmirriado, como creo haber dicho antes, y nunca había hecho daño a una mosca; pero el tipo tampoco es que tuviese media hostia. Supongo que lo envalentonaba el saberse respaldado por la especie de armario empotrado que lo acompañaba. Aun así, aproveché la ventaja que me daba sacarle una cabeza de ventaja y lo agarré por la pechera de su camisa azul mahón, con la didáctica intención de romperle la cara. Justo en el momento en que su amigo me asía a su vez del otro brazo; dispuesto, supongo, a algo parecido.

—¿¿Se puede saber qué ocurre aquí?!?

Luego supe que la súbita, providencial irrupción del director del José Antonio en el vestíbulo fue debida a una llamada de Pepe, el conserje de turno, que se había barruntado problemas nada más comenzar la discusión. El recién llegado era un individuo joven, de aspecto afable, aunque su tono autoritario dejaba claro que sabía hacerse respetar.

—Este nuevo —dijo el boina roja de las malas pulgas con desdén—, que se ha pasado de listo.

El director me miró con curiosidad. Supongo que con toda la que un nuevo que se pasara de listo con el falangista podía despertar en él.

—¿Eres Alkiza?

—Sí, señor.

Vaciló un instante, como si no supiese qué hacer conmigo. Si

estaba al tanto de mi llegada, que lo estaría, seguro que no se esperaba tan problemática entrada en escena.

—Bien. Deja la maleta en conserjería y acompáñame a mi despacho —decidió al fin—. Y tú, Ramírez, te recuerdo que las novatadas acabaron a primeros de octubre.

—Pero Ginés...

—Ni pero ni es que. Ya sabes que puedes incurrir en amonestación grave si te extralimitas.

* * *

—Tu padre ¿a qué se dedica?

Me sorprendió la pregunta, así, a bocajarro.

—¿Mi padre?... Es... ejem, magistrado de la Audiencia de Guipúzcoa.

Ginés Buendía, el director del Colegio Mayor José Antonio, rondaría la treintena. Ex colegial, recién licenciado en Económicas cuando la institución pasó a Cultura, había aceptado quedarse al frente de forma provisional. Un buen apaño, según me había contado mi padre, que le permitía, a cambio de pensión completa y un pequeño salario, preparar oposiciones a la Inspección de Hacienda. A mí me pareció que se le debía de dar bien —el apaño, no la oposición—, puesto que parecía cómodo en el puesto. Ginés me ofreció un rubio nacional, que rechacé, y lo encendió para sí mismo. Se repantigó en su butaca y exhaló unas volutas de humo azul, perfumado.

—Claro, así se explica —dijo, como para sí.

—Se explica ¿el qué? —pregunté intrigado.

—Vienes muy recomendado por el decano de la Facultad de Derecho.

Se encogió de hombros, como pretendiendo dejar claro que las recomendaciones le resbalaban. Para mí que, en su inestable situación, debía de ser al contrario, más bien.

—No habría hecho falta —prosiguió—, porque este curso andamos sobrados de plazas; pero aun así... En fin, ya estás en el José Antonio. Estoy seguro de que te gustará vivir aquí. Hay buena gente, sea cual sea la primera impresión que te hayas podido llevar.

Yo quité hierro al asunto. Lo último que deseaba era parecer un quejica.

—Bah, no ha sido nada. Una confusión, supongo.

—Ya. Mira, lo que ocurre es que los de Fuerza Nueva están estos días con el subidón. El domingo pasado tuvieron su día de gloria en la plaza de Oriente; por lo del aniversario de Franco, ya sabes: cuatrocientos mil manifestantes, según la policía; el doble, según ellos. Y el martes volvieron a juntarse en el Valle de los Caídos, así que llevan toda la semana alterados con tanto acto y tanta conmemoración. Supongo que hoy habrán tenido algún sarao para rematar los festejos. Pero no te preocupes; a partir de ahora las cosas volverán a la normalidad y se dedicarán a estudiar, como todo el mundo. Bueno, como casi todo el mundo —meneó la cabeza con un suspiro—, porque hay algunos que... En fin, espero que aproveches el tiempo, Alkiza.

»En cuanto a lo de Ramírez, míralo por el lado bueno: seguro que te has ganado la admiración de unos cuantos colegiales que no pueden verlo ni en pintura, je...

* * *

Aquella noche, sin humor para seguir confraternizando, pasé de bajar al comedor y me conformé con una tapa y una caña en Moncloa antes de meterme en el sobre. Nervioso como estaba ante mi inminente reencuentro con Paloma, me costó conciliar el sueño. Y cuando por fin lo hice, dormí fatal, a pesar de —o quizá gracias a— lo baldado que estaba tras el viajecito en tren y las emociones de la llegada. Como resultado, me pasé la mañana del lunes durmiendo como un bendito. Si Ginés pensaba que debía aprovechar el tiempo, eso sería a partir del día siguiente.

Bajé directamente de la ducha al comedor, un punto receloso de que el menú del José Antonio no estuviese a la altura de la categoría que se le esperaba, y un punto precavido por si Rufino Ramírez y sus colegas pudieran tenerme preparado un recibimiento molesto. También un punto disgustado conmigo mismo, por haber aplazado lo de Paloma; pero eso, me dije, quedaría solucionado al día siguiente, mientras que lo del menú y lo de Ramírez podían no tener solución.

—¿Tu eres el nuevo?, ¿el de San Sebastián?

Era un chaval espigado, más alto que yo, incluso, con gafas

de pasta gruesa, las típicas de empollón. Lo que engañan las apariencias. Se dirigió a mí sonriente, al tiempo que se sentaba en la mesa con naturalidad. Le tendí la mano.

—Josu Alkiza.

—Rafa Peñafiel. Oye, muy bueno lo de ayer. Me han dicho que le paraste los pies al gilipollas de Ramírez.

Me encogí de hombros. Iba a ser que Ginés tenía razón.

—Pche. ¿Es siempre así de simpático?

Rafa sonrió.

—Solo cuando se disfraza de payaso, en realidad. Se le sube a la cabeza, como a la mayoría de sus condiscípulos. Aparte de eso, los de Fuerza Nueva son gente de lo más normal: están totalmente integrados en el colegio, juegan sus partiditas, se corren sus juergas y se puede hablar con ellos de cualquier cosa. Menos de política, claro; a menos que seas tan facha como ellos. —Hizo un gesto evasivo con la mano, descartándose—. Lo de Ramírez es aparte; es un poco...

—Gilipollas.

—Eso.

En aquel momento llegaron otros colegiales a nuestra mesa. Rafa me presentó, y la conversación derivó hacia asuntos más banales, como los estudios y la procedencia de cada uno.

Explicué que me incorporaba tan tarde a la universidad porque había sufrido un accidente de tráfico en septiembre —mi nariz era prueba irrefutable—, exagerando la nota con rotura de fémur, varias costillas, dos meses de hospital y la correspondiente rehabilitación. Cuando le pregunté a Rafa qué estudiaba él, los demás estallaron en carcajadas.

—Estudio Farmacia —respondió él muy digno, a pesar de todo.

—*Estás matriculado* en Farmacia, perdona —apostilló uno bajito llamado Genaro, que parecía sonreír siempre y que dijo ser de Valdepeñas.

Las chanzas siguieron un rato a costa de Rafa. Por lo visto, su estudio de la farmacopea era más bien laxo. Mucho menos intenso, en cualquier caso, que su dedicación a un navío de guerra del siglo XVII que se había enseñoreado de su dormitorio y en el que llevaba ya invertido su primer año de universidad.

Y así, de forma sucinta, fue cómo Rafael Peñafiel, madrileño

de familia más que acomodada y autoexiliado en el Colegio Mayor José Antonio por mor de una tormentosa relación paterno-filial, se convirtió desde el primer día en mi mejor amigo en Madrid.

2 de diciembre de 1979
Jornada 12 del Campeonato Nacional de Liga

Partidos

Real Sociedad 1 - Hércules 1

Real Madrid 2 - Burgos 1

Clasificación

1º Real Sociedad (19 pts.)

2º Real Madrid (19 pts.)

* * *

—¿Te vienes al fútbol?

Providencial, Rafa apareció por mi cuarto el domingo a primera hora de la tarde, justo cuando más desanimado estaba. Había dedicado gran parte de la mañana a ponerme al día con la prensa, tras una semana profusa en noticias inquietantes o sombrías provenientes de Euskadi: la calle se había visto agitada por una huelga general en protesta por el Estatuto de los Trabajadores y el Plan Económico del Gobierno; las especulaciones sobre el secuestro de Javier Rupérez alternaban entre una pronta liberación y un bloqueo del asunto; y la peor de todas, el brutal asesinato de tres guardias civiles, veinteañeros apenas, acribillados y rematados de dos tiros en la cabeza por cuatro jóvenes en un bar de Azpeitia. La única noticia esperanzadora era la ratificación en el Congreso, tras duras negociaciones y amagos de ruptura, del Estatuto de Autonomía del País Vasco, aprobado en referéndum el pasado veinticinco de octubre por una abrumadora mayoría de los votantes.

Me acababa de sentar ante la mesa de trabajo tras una comida regular —para entonces ya tenía claro que el menú colegial no estaba a la altura— y un torrefacto de los que servían en la cafetería; un brebaje denso que, además del deseado efecto de quitar el sueño, presentaba el indeseado de provocar un molesto ardor de estómago. Desganado, hojeaba libros de texto y apuntes, consciente de que debía recuperar todo lo que no había empollado durante mi primera semana en Madrid; pero tratando, a la vez, de

imaginar algún insoslayable pretexto para aplazar la tarea.

Rafa debió notar que se me iluminaban los ojos.

—¿Al fútbol?... ¿Quieres decir al Bernabéu?

No vayan a pensar mal los colchoneros: dije lo del Bernabéu porque el Atlético de Madrid jugaba fuera aquella jornada. Bueno, y porque en anteriores conversaciones Rafa había mencionado ser madridista.

—Tengo dos entradas de palco. Cortesía de don Manuel Peñafiel.

—Creía que te llevabas fatal con tu padre.

Mi amigo sonrió.

—Y creías bien. Pero mi hermano no, y de vez en cuando le saca los abonos para luego pasármelos. El día que se entere...

—¿Pero tu padre no va al fútbol?

—¿Mi padre?... Qué va, tío; mi padre pasa. Si tiene dos abonos es para invitar a clientes, contratistas y demás. A veces va al estadio con uno de ellos, y luego acaban en algún local de alterne de la Costa Fleming.

Yo, por lo oído anteriormente a mi amigo, tenía a don Manuel Peñafiel —promotor, constructor y propietario inmobiliario de muchos quilates, según él— por persona excesivamente severa, pero seria y respetable. Un poco chapada a la antigua, vamos; como mi padre. Pero ni por el forro se me ocurriría imaginarme a don Jacinto Alkiza en un puticlub.

—¿Lo dices en serio?

Rafa hizo una mueca burlesca.

—Joder, Josu, qué provinciano eres... ¿Cómo crees que se hacen los negocios aquí, en la capital? Bueno, ¿te vienes o qué?... Ya vamos mal de tiempo.

—¿Quién juega?

—El Burgos. Va a ser una merienda de negros, ¡jua, jua!...

Dudé un instante. Objetivamente, no se podía decir que un Real Madrid-Burgos fuese el partido del año. Un mal pretexto, más bien, con todo lo que tenía que empollar. Por otro lado, un recién llegado a la capital necesitaba cultivar amistades, so pena de sentirse más solo que en una isla desierta. Y a Rafa se le veía interesado en mi compañía. ¿Podía permitirme defraudarlo? Y qué decir de conocer el Santiago Bernabéu... Esa sí que era una verdadera catedral del fútbol, no la de Bilbao. ¿Qué más podía

desear un aficionado? Visto así, lo inmejorable del pretexto disipó mis dudas. Total, ya recuperaría al día siguiente lo que no estudiase esa tarde. Y además, ¿no me había pasado la vida oyendo decir a mi madre que el domingo era el día del Señor, hecho para descansar? Que la señora Maritxu fuese a misa y yo al fútbol era una mera cuestión de matiz. Generacional, si se quiere.

—Venga, vamos —me decidí.

Ni cultivar amistades, ni catedral del fútbol, ni pepinillos en vinagre; lo que verdaderamente me impulsó a acompañar a Rafa al Bernabéu fue la remota esperanza de encontrar a Paloma entre los espectadores. Una entre cien mil, imagínense. Porque he de decir que mi primera semana en Madrid se había mostrado infructuosa en ese sentido: me había dedicado a buscarla por todo ICADE, recorriendo pasillos y aulas hasta la extenuación; me había despistado entre los demás grupos de primero, consciente de que sería mucha casualidad que ella estuviese en el mío; y había ido a la cafetería y a la biblioteca en todos los descansos, por si acaso. Resultado: cero patatero.

—¿Conoces a una tal Paloma? —había preguntado a más de uno.

—Paloma ¿qué? —era la invariable respuesta.

—Ni idea. Es morena, de ojos marrones, muy guapa. Tiene más o menos esta estatura...

—No me suena. Puede que vaya a otro grupo.

O bien:

—Con esa descripción hay unas cuantas, pero Palomas...

Nada. La chica más guapa que había visto en mi vida simplemente no estaba allí. Se había esfumado.

O nunca había estado.

Total, que el domingo, como he dicho antes, yo estaba desanimado. Y desmotivado. Y no podía, bajo ningún concepto, desperdiciar una sola oportunidad, aunque fuese una entre cien mil, de encontrar a Paloma.

* * *

—Pero ¿qué es esto?... ¿Adónde me llevas?

—¡Sssh, calla! Al fútbol se va en condiciones o no se va.

Habíamos salido del metro en Nuevos Ministerios, en el

paseo de la Castellana, pero, en lugar de dirigirse al estadio, Rafa se detuvo ante un portal de alto *standing*. Miró hacia un lado y a otro, sacó un manojito de llaves, abrió el pesado portón de hierro forjado y me introdujo de un empujón en un vestíbulo recargado de mármol, espejos y molduras doradas. Suntuoso, que diría mi madre; excesivo, para mi gusto. Pasamos por delante de los ascensores hasta llegar al fondo, donde había otro menos vistoso que identifiqué, sin haber visto antes uno, como el de servicio.

—Vamos a mi casa —anunció mi amigo.

—¿A tu casa? —me extrañé—. Pero ¿y tu padre?, ¿no se enfadará? Y además, ¿no íbamos justos de tiempo?

Rafa se encogió de hombros.

—Bah, no te preocupes por mi padre: jamás entra en la cocina. Si quiere un vaso de agua, se lo pide a la criada. Y por el fútbol tampoco te preocupes: queda casi una hora hasta que comience el partido.

—Joder, Rafa —protesté—; pero entonces, ¿a qué tanta prisa en el colegio?

Me miró como quien tiene que decirlo todo, por muy evidente que sea.

—¡Para que te decidieses, coño! Y para que nos diese tiempo a venir aquí. Mira, ya hemos llegado.

Salimos al descansillo de servicio, y mi amigo abrió la puerta de ídem, dando paso a una estancia mayor que el salón de la casa de mis padres: la cocina de los Peñafiel. Una mujer ya entrada en años, de rasgos caribeños, vestido negro y delantal blanco, inmaculado, abrió la boca con asombro y se abalanzó sobre mi amigo.

—¡Señorito Rafael, qué alegría verlo!

—Calla, Gladys —sonrió él—, no vaya a oírte don Manuel. ¿Está en casa?

—No hay cuidado, está encerrado en su despacho. Ahora mismo acabo de llevarle un café.

—Estupendo, estupendo... ¿Y mi madre?

La mucama hizo un gesto de contrariedad.

—Está echando una siesta. La pobre ha pasado toda la mañana con jaqueca.

—Lástima. Me habría gustado saludarla, pero no puedo esperar a que despierte. Mira, este es mi amigo Josu.

Gladys me tendió la mano, respetuosa.

—Tanto gusto, señor.

—Igualmente —correspondí—. Encantado de conocerla.

—Hagamos una cosa, Gladys —propuso Rafa—. Enséñale a Josu cómo preparas esos espléndidos cubalibres que solo tú sabes hacer, mientras yo entro a buscar una cosa...

Treinta minutos después salíamos del portal un pelín más contentos, tras habernos trasegado dos soberbios cubatas cada uno. Esta vez sí enfilamos la entrada del estadio.

—Lo que no entiendo —dije— es esa necesidad tuya de venir a tu casa precisamente ahora, a punto de comenzar el partido.

Rafa soltó una carcajada, al tiempo que se llevaba la mano al bolsillo interior de su zamarra.

—Ya te dije antes que al fútbol hay que venir en condiciones. —Sacó dos cigarros puros enormes, con una vitola mitad amarilla, mitad negra moteada de blanco, y me tendió uno—. Toma, cortesía de don Manuel Peñafiel.

Yo, que nunca había tenido un cigarro así en las manos —lo mío con el tabaco se limitaba a un *Ducados* de vez en cuando—, me sorprendí.

—¿Y esto?... ¿Qué significa esto?

—Ya lo ves: un *Cohiba* que te cagas. Se los regala a mi padre un arquitecto que le hace la mayor parte de sus obras. —Me dio una fuerte palmada en el hombro, como si él fuera el vasco—. Vamos a disfrutar como es debido de la merienda de negros, Josu, ¡ja, ja!...

* * *

—García Remón, San José, Benito, Pirri, Camacho, Del Bosque, Ángel, Stielike, Juanito, Santillana y Cunningham —recitó Rafa.

Entrábamos en el estadio chuperreteando con ostentación nuestros habanos, todavía sin encender. Para mi sorpresa, mi amigo se sabía de memoria la alineación del Real Madrid. Si hasta entonces lo tenía por mero simpatizante merengue, aquella tarde se reveló como un auténtico forofo. Decidí no achantarme.

—Arconada, Celayeta, Gajate, Kortabarría, Olaizola, Diego, Perico Alonso, Zamora, Idígoras, Satrústegui y López Ufarte —repliqué.

—Vaya —se admiró él—, tú tampoco te quedas corto.

—Ya ves. En Atocha no me pierdo un solo partido.

—¿En Atocha? —se burló—. ¿Te refieres a ese pequeño campo de provincias donde a duras penas pueden meterse veinticinco o treinta mil espectadores?...

—Venga ya, Rafa, no me jo...

Me quedé con la palabra en la boca. Habíamos salido al palco y ante mis ojos se extendió el Santiago Bernabéu en toda su grandeza. Inmenso. Acojonante, o sea.

—¡No me jodas!

—Impresionante, ¿eh?... Tiene capacidad para cien mil espectadores, treinta mil de ellos sentados. Con la reforma prevista para el Mundial del 82, se va a aumentar el número de butacas a costa de reducir el aforo a noventa mil. ¿A que es una pasada?

—No veas —reconocí—. En Atocha, los que se sientan tienen que hacerlo de lado para acomodar las rodillas. Están más estrechos que en el Parlamento Británico, je...

Rafa se mostraba orgulloso. Ya podía estarlo, la verdad. Y aquel palco del primer anfiteatro... Traté de imaginar lo que podían costar las localidades y luego pensé en las cinco mil pesetas que don Jacinto me había dado para pasar el mes. ¡Buah!... Mejor concentrarme en el espectáculo.

Recuerdo que fue una tarde de buena entrada; unos tres cuartos del aforo. Mucho más del doble de los aficionados que podían reunirse, calculé, en las mejores tardes de Atocha. El Bernabéu era como un moderno Coliseo en el que los gladiadores locales, vestidos de blanco, aplastaban bajo sus tacos a cuantos foráneos osaran desafiarlos. Y nosotros, cual tribunos prestos a disfrutar de la masacre, nos agenciamos unas cervezas y encendimos los puros.

El partido comenzó entretenido, con un gol local en el minuto cinco, obra de Juanito, y un disparo al larguero de Stielike en el nueve, que bien podría haber decidido el encuentro. Rafa estaba encantado, y yo le seguía la corriente, contento de que él estuviese contento, pero con la secreta esperanza de que el Real pinchase y la Real cobrase ventaja en la clasificación. A la media hora de juego, con el marcador todavía uno a cero, me excusé para ir al lavabo. Regresé un cuarto de hora después, al filo del descanso.

—¿Dónde has ido? —preguntó Rafa, extrañado por mi

tardanza.

—A mear.

—¿A mear?... No me jodas, hombre, si te has tirado un cuarto de hora. Te has perdido un golazo de Santillana.

—¿Y qué quieres que haga? Han sido los cubatas de Gladys...

La verdad es que había orinado en dos minutos y luego había perseguido durante un rato, deambulando por los corredores y asomándome a los vomitorios más cercanos, el sueño de divisar el rostro de Paloma. Tras el descanso, en el que Rafa y yo despachamos sendos bocatas de jamón, me pasé todo el segundo tiempo más pendiente de la grada que del césped, con el resultado que cabía esperar: nada.

Ezer ez.

* * *

—... No me fastidies, hombre; el penalti que le han pitado a Pirri ha sido de risa. ¡Y qué parada de García Remón! ¿Has visto qué paradón?

Dos a uno. Al final, la merienda de negros no había sido tal, y el Madrid no pudo ganar más que por la mínima. Aun así, la euforia de Rafa durante la vuelta en metro a Moncloa solo podía compararse a mi desánimo. Mi amigo, que desconocía mis tribulaciones amorosas, comentaba las incidencias del partido en un vano intento por animarme.

—Y qué me dices del que le ha hecho Gorospe a Stielike —dije, por decir algo—. ¿Ese te ha parecido bien pitado?

—Por supuesto. Ahora, que hay que joderse con el negro; mira que fallarlo... ¿Cómo se puede tirar así un penalti?

Rafa se quedó abstraído un momento; evocando el error de Cunningham, supongo. Luego, en vista de que yo no decía nada, volvió a mí.

—Pero bueno, Alkiza, ¿se puede saber por qué estás así de mustio, con la tarde tan cojonuda que hemos pasado?

Me encogí de hombros.

—No es nada. Y te agradezco mucho la invitación, Rafa, no creas. Lo que ocurre es que llevo un montón de retraso para ponerme al día con las clases, y se me ha pasado el domingo sin pegar sello.

—¡Chorradas! Mañana te pones a tope y en dos días lo recuperas. Espera —reflexionó—, ¿no será por lo de la Real?

Habíamos seguido los goles de la jornada gracias al marcador simultáneo. Así supimos que los donostiarras habían empatado a uno en casa, lo que igualaba a ambos Reales en cabeza de la clasificación, seguidos por el Sporting a tan solo un punto. Lo que para mí era una lástima —mira que dejarnos empatar por el Hércules...—, a mi amigo le hacía frotarse las manos. Sin embargo, no era esa la cuestión. Sentí que Rafa merecía mi confianza, y yo necesitaba confiarme a alguien en Madrid.

—Qué va —respondí—. Lo que pasa es que hay una chica.

La conversación con Rafa me sentó bien. Mi amigo se reveló único en eso de infundir ánimos, y me prometió hacer lo imposible para ayudarme a encontrar a Paloma. Lo cual, según él, no era descabellado, teniendo en cuenta lo bien relacionado que estaba en el mundillo madridista. Además, tuvo lo que a mí me pareció una buena idea: preguntaríamos en las peñas más importantes, las que organizaban salidas a provincias, por una chica que había viajado a San Sebastián en noviembre, con el pretexto de que ella habría perdido algo —un abrigo, una chaqueta, un reloj..., cualquier cosa— en Atocha. Coincidí en que no serían muchas las Palomas que cumpliesen la condición.

Así que llegué al colegio reconfortado. Nos fuimos directos al comedor y cenamos con apetito, echando unas risas con dos talaveranos del Atlético de Madrid que se desesperaban porque su equipo no acababa de abandonar los últimos puestos de la tabla. Luego decliné echar un café y una partida de dominó, pensando en aprovechar un par de horitas de estudio antes de meterme en la cama. Conforme subía a la habitación, reparé en que había otra cosa que me hacía sentir optimista: apenas había vuelto a ver a Ramírez en toda la semana, aparte de habernos ignorado mutuamente un par de veces en el comedor o en la cafetería. Ahora me parecían absurdos los resquemores que me asaltaron durante los primeros días, por si me acechaba en algún pasillo, dispuesto a resarcirse de nuestro primer encuentro. El muy capullo...

Sonreí para mí ante la puerta de mi habitación. Metí la llave en la cerradura, abrí y encendí la luz. Un repentino golpe de calor me subió desde el estómago hasta la coronilla.

—¡Qué hijos de puta!

*Continúa.
Libro completo disponible [aquí](#).*